

FRANCESCO VECCHI

TENDRÁ  
EL OLOR  
DE LAS  
COSAS  
NUEVAS

Título original: *Avrà l'odore delle cose nuove*

Primera edición: 2016

© 2014 Leone Editore, Milano

[www.leoneeditore.it](http://www.leoneeditore.it)

All rights reserved

© traducción: Juan Carlos Postigo Ríos, 2016

© de esta edición: Bóveda, 2016

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)

ISBN: 978-84-16691-08-1

Depósito legal: SE. 715-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

CAPÍTULO 1 .....	11
CAPÍTULO 2 .....	23
CAPÍTULO 3 .....	35
CAPÍTULO 4 .....	47
CAPÍTULO 5 .....	49
CAPÍTULO 6 .....	63
CAPÍTULO 7 .....	73
CAPÍTULO 8 .....	79
CAPÍTULO 9 .....	93
CAPÍTULO 10 .....	105
CAPÍTULO 11 .....	109
CAPÍTULO 12 .....	121
CAPÍTULO 13 .....	133
CAPÍTULO 14 .....	137
CAPÍTULO 15 .....	151
CAPÍTULO 16 .....	169
CAPÍTULO 17 .....	173
CAPÍTULO 18 .....	183
CAPÍTULO 19 .....	197

CAPÍTULO 20 .....	203
CAPÍTULO 21 .....	219
CAPÍTULO 22 .....	233
CAPÍTULO 23 .....	237
CAPÍTULO 24 .....	253
CAPÍTULO 25 .....	275
CAPÍTULO 26 .....	293
CAPÍTULO 27 .....	305
AGRADECIMIENTOS .....	319

*A mi abuelo*



# 1

**A** LAS SIETE Y MEDIA DE LA MAÑANA, UN TAXI NEGRO y deslucido como un enorme insecto, se detiene frente al arcén del London City Airport.

Detrás, en la parte del pasajero, hay un hombre: es joven, pero supera ya la treintena. Está recogiendo sus cosas del asiento trasero: un abrigo, una bufanda y la mochila con el portátil. Tiene prisa. Por las ventanillas se advierte cómo le ondean los cabellos rizados.

Parece más alto que la media. Paga sin preocuparse por recibir el cambio de las setenta libras, abre la puerta y baja. Sin correr, se dirige veloz hacia el aeropuerto con la corbata al cuello pero aún sin anudar. Lleva el abrigo enrollado en el manillar de la maleta y tiene la chaqueta abierta.

Hace frío. El cielo está claro pero el sol no calienta. El aire parece entrar a la fuerza por la garganta. Es como cuando se ha llorado mucho, aunque, en realidad, él apenas ha llorado.

Poner en orden los recuerdos de la tarde anterior no es fácil. La llamada, obviamente. El viaje sin camisa en el



Mercedes de Richard. El coche con los cuatro intermitentes que lo esperaba fuera del local y antes aún la chica, vestida como Lara Croft que, de pie sobre la barra de un bar, servía chupitos de vodka con melocotón con una pistola de agua.

El local era una especie de discoteca por la zona de Piccadilly Circus. Había buscado compañía sin ni siquiera saber por qué, animado por su naturaleza de planta carnívora, por sus ansias de devorar a los demás. Tal vez esperaba encontrarse de nuevo con la rusa provocadora con la que había pasado la noche anterior. Recordaba su piel blanca y suave, el crujido de las sábanas al contacto y el sujetador negro que se desganchó como un módulo lunar y acabó orbitando en solitario por el alegre espacio de su cama deshecha.

Pero debería haber sabido que aquello era imposible. En Londres se encuentra a gente únicamente cuando no se la conoce.

También recuerda la estela que le dejó el vodka con melocotón en la garganta. La falsa Lara Croft se lo exprimió con una pistola de agua directamente en la boca; un surco dulzón que por poco no lo ahoga. Rodeado por la multitud, con el roce habitual de cuerpos, el aire cargado de sexo y de olores, el bochorno, de repente había sentido un torrente de náusea. Tenía que salir de allí.

Fuera lo esperaba Richard, su chófer. Las luces de emergencia de su coche esparcían un halo amarillento sobre la pared. Richard no hubiera dicho nada aunque esa noche lo hubiese visto aparecer con otra mujer con los muslos al aire.



Fue allí, delante del coche, donde le entraron ganas de vomitar. En cuanto puso un pie fuera del local, el frío de Londres le golpeó como un puñetazo. En el estómago tenía los restos de una cena de empresa que se mezclaban con el alcohol. Una agotadora sucesión de brindis: con el director, el subdirector, el compañero, el socio, el mejor cliente. El vodka, la comida, las palmaditas en la espalda, las sonrisas de bótox.

Independientemente del frío, hubiera sido imposible no vomitar igual. «Felicidades, feliz Navidad, feliz Año Nuevo, sois el mejor grupo con el que se puede trabajar»; es difícil decir cuál de estos excesos le acabó provocando la arcada definitiva.

Las manos las tenía pegadas al muro, la cabeza miraba al suelo, la luz de aquellas cuatro luces que se encendían y se apagaban en la acera.

—¡Tío, pero menudo ciego llevas!

Una voz conocida llegó en ese momento desde muy cerca. Parecía como si le estuvieran hablando con un embudo pegado al oído: «Giovanni Carrera, te llamo al orden», decía la voz riendo.

Oír pronunciar su propio nombre completo había tenido el efecto de una pequeña sacudida. Giovanni Carrera: presente.

Por la ventanilla del Mercedes se asomó una cabeza de pelo ralo y ondulado, con los dos codos sobre el borde de la puerta y una camisa blanca que disparaba como un faro en el interior de aquel habitáculo a oscuras. Era Michele, su compañero desde hacía dos años en McDowell Consulting.

«Paciencia Michele, ya voy», recuerda haberle dicho. Después se quedó un momento con los brazos estirados y la cabeza tambaleándole. Justo en aquel momento se apagó la iluminación de Navidad que había sobre su cabeza. Serían las tres de la mañana.

Ahora, mientras camina hacia la entrada del aeropuerto, siente cómo le penetra el frío por la camisa. Cerca de la entrada, una chica de piernas largas está distribuyendo publicidad de una compañía telefónica. Lleva un gorro de Papá Noel.

Giovanni piensa en los compromisos que aún tiene que anular y en su agenda, que se la ha dejado encima de su mesa.

Es la peor época para dejar Londres. En diciembre se cierran los proyectos, los directores generales hacen balance y distribuyen las primas. La vida en el edificio se convierte en una competición por ver quién sale más tarde y quién entra antes.

Pero a Giovanni le gusta. Los ritmos extremos estimulan y su carrera crece año tras año. Desde hace tiempo, el dinero ha dejado de ser una preocupación, tiene un chófer a su servicio, un apartamento en uno de los complejos residenciales más caros de Londres y una reputación que lo convierte en el cachorro más prometededor.

La idea de definirse como un cachorro no es suya. Fue el gran viejo, el jefe de jefes, el director ejecutivo de McDowell. Llama así a sus colaboradores más jóvenes cuando entra en la zona de los analistas y les pasa revista. «¿Cómo están mis cachorros?», dice.

El ambicioso consejero de McDowell, que sigue aún a las tres de la madrugada vomitando en la calle, recuerda haberse sentido uno de los grandes, la noche anterior, mientras volvía a casa en coche. Le pareció que las dos cosas señalaban su talento.

Sacó un pañuelo de tela blanca del bolsillo de los pantalones y se lo pasó por la boca. Después lo tiró al suelo.

Michele lo observaba con una mirada borrosa: «¿Qué pasa? ¿Te has vomitado encima?», reía, borracho también él. Cuando se detuvieron frente al local, él ni siquiera pudo bajarse del coche. «Ve tú y tráeme una», le dijo a Giovanni, refiriéndose a una rubia cualquiera.

Michele no es un cachorro.

En McDowell puedes ser un cachorro como mucho hasta los cuarenta años, una vez que superas ese umbral, o te conviertes en un león de verdad o en el cadáver de una ballena. Michele tiene cuarenta y uno y ya va camino del cementerio sin darse cuenta o sin que el asunto le inquiete.

Giovanni le leyó inmediatamente en la cara que era una vía muerta: carne molida de ciento cincuenta mil libras al año, primas incluidas. Y quizá por eso no le fue difícil conectar con él. Michele es el otro italiano de la oficina de Londres; fue el primero en acogerlo cuando, después de Hong Kong, Bombay y Fráncfort, McDowell decidió trasladarlo a la sede central y es el único al que podría llamar «amigo».

Con todos los demás se trata de mirarlos a los ojos por la mañana y mirarse la espalda por la noche; eso es lo

que repite cada vez que le preguntan cómo es su ambiente de trabajo. Ese cinismo es lo que le da placer.

—Gracias por la ayuda —dijo Giovanni cuando se metió en el coche.

—De nada, el placer es mío. Y no te me acerques, eh, que pareces una ensalada de tropezones —le respondió el compañero.

Giovanni se vio la camisa manchada. Eso lo recuerda bien: se la desabotonó, se la quitó y la tiró por la ventanilla con el coche en marcha.

—¿Pero qué haces? ¿Me quieres meter mano? —le preguntó Michele mirándole el pecho desnudo y llorando de la risa—. No, dímelo y así me preparo.

—No te preocupes, no eres mi tipo.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué, a ver?

—¡Porque eres del sur, por eso! Mis padres no lo verían con buenos ojos.

La risa de Michele se convirtió en tos y al final hubo un momento de silencio. Muy breve. El colega se había puesto de repente a oler el aire, así, con la nariz hacia arriba.

—Hostia, ¿qué es ese olor a mierda? ¿Lo hueles?  
—Después se acercó a él, llegando casi a tocarle la cara—:  
Ah, no, perdona, es la mierda que sigues teniendo ahí.  
—Y de nuevo rompió en una carcajada.

Giovanni no se ofendió. Torció la boca con una mueca, en un intento por reír, pero tenía demasiado sueño para hacerlo. No es ningún secreto que él es un esnob milanés y el otro un romano de camisas negras elásticas y zapatos de punta. En otras circunstancias tal

vez ni siquiera se hubieran tratado, pero allí, estando juntos en Londres, se habían divertido en innumerables ocasiones.

—¿Se puede saber qué tenías que hacer en ese local de pordioseros? ¡Has tardado la vida! —inquirió Michele.

Giovanni habló con Irina, la rusa con la que pasó la noche anterior y otras chicas como ella a las que se había encontrado dentro del local.

—Pues eres un completo gilipollas —protestó Michele—. En primer lugar, porque no tienes que obsesionarte con esa tía, y en segundo, porque también podrías haberte traído otra para mí.

—¿Por qué? ¿Te han entrado ganas de tirarte a una esta noche?

—¿Pero qué importan las ganas? Se hace por la estadística, ¿no? ¿Había alguna guapa?

—¿Qué más da?

—Nada.

En ese momento el coche ya estaba parado. Richard encendió la luz del interior. Se detuvo frente al apartamento de Michele, en Berkeley Square.

—Gracias, Giova —dijo mientras se retorció para huir por la puerta del coche. Cuando se puso en pie, guardando el equilibrio delante del coche, se asomó a la ventanilla y alargó una mano—: Y si en realidad lo quieres saber —dijo dándole un apretón—, ¡sí! Esta noche tenía muchas ganas de follar.

—Vete a dormir, venga. ¿Nos vemos mañana en la oficina?

—No, nos vemos en el infierno. Besos.

—Besos para ti también. ¡Que te den por culo!

Recuerda haberse reído solo. Luego Richard siguió conduciendo, y él, volviéndose hacia atrás, le vio el culo al colega, que llevaba los pantalones bastante apretados. Michele se agachó para recoger el manojito de llaves que se le cayó al suelo. Le costaba mantener el equilibrio. Giovanni había sentido algo parecido al cariño.

Se quedó así un rato. El asfalto se perdía bajo las ruedas del coche, el conductor iba en silencio en el asiento delantero y el perfil iluminado de Marble Arch se deslizaba como un alga por su ventana.

Llevaba puesta la chaqueta sin camisa, lo que le hacía parecer un actor porno vestido con elegancia. Por un momento se dejó llevar por la idea de serlo de verdad, de volver tras una larga jornada de trabajo, contento por no tener una mujer en casa a la que satisfacer y ansioso por hacerse un plato de huevos revueltos. Pensamientos, o quizás incluso sueño, cuando el coche se detuvo frente al 125 de Bayswater Road, Luxury Apartments.

Tendría algo más de cuatro horas para darse una ducha, quitarse el hedor a vómito y descansar un poco. A las siete y media, Richard volvería a recogerlo para llevarlo a McDowell.

—Buenas noches —le dijo al conductor al bajar del coche—. *See you tomorrow*, en el mismo sitio a la misma hora.

Le gusta, con la gente que lo conoce mejor, mezclar un poco de italiano y un poco de inglés. No le hace gracia la idea de mimetizarse, le encanta diferenciarse, hablar un inglés sin acento le parecería un defecto. Es italiano y se

siente orgullo de serlo. Está convencido de que no hay nada mejor que un italiano de la élite.

Todavía tiene metido en los oídos el sonido de sus pasos en la escalinata de mármol del llamativo vestíbulo de falso estilo victoriano. En la recepción, una chica rubia lo saludó con una sincera sonrisa de boca pequeña. Parecía una persona optimista, o tal vez fuera solo una ingenua.

—*Goodnight, mister Carrera.*

Tan solo cuatro horas, pensó Giovanni ya en el ascensor. Hubieran bastado para llevársela a la cama, pero había sido un pensamiento fuera de lugar.

En aquel momento, la chica tuvo una especie de sobresalto.

—*Mister Carrera, wait* —le dijo—, *someone called for you!*

Alguien lo había llamado.

Volvió sobre sus pasos, golpeándose con las puertas del ascensor, que se estaban cerrando. La joven se rio como si fuera algo muy gracioso y se agachó para recoger la nota que le habían dejado en el mostrador de la recepción.

—*A woman...* —dijo, y Giovanni volvió a pensar en la rusa. ¿Quién si no podía buscarlo en la recepción de su edificio?

—*Missis Marchiasi* —estaba diciendo la muchacha, alargando las vocales de acuerdo con lo que le parecía una auténtica pronunciación italiana. Luego deslizó la nota desde el otro extremo de la mesa, empujándola con la punta del índice. Aún recuerda el esmalte rojo pálido de

la uña; también la chica tenía un aire pálido, como cada-  
vérico, un poco despistada. Tendría diez años menos que  
él, pero su aspecto decadente lo excitaba.

—*Goodnight* —le dijo. Recogió la nota y se dirigió  
de nuevo hacia el ascensor.

«*Mrs. Marchasi, 1.45 a.m., please call back, urgent*»  
ponía en el papel. Ni un número de teléfono ni ningún  
otro detalle.

Tal vez, si no hubiera estado borracho, habría enten-  
dido enseguida de quién se trataba. Cuanto más lo piensa,  
más increíble le parece no haber caído.

En cambio, con la cabeza aturdida, con la pronun-  
ciación deformada de la rubia aún en el oído, empezó a  
pensar si por casualidad Marchasi era un apellido ruso, o  
de una de esas repúblicas caucásicas donde todos los nom-  
bres terminan en «idze», «istani» o «ayev». Pero no se le  
ocurrió nada. Quienquiera que fuese, volvería a llamar; él  
se iba a dormir.

El último recuerdo es el de su habitación, perfecta-  
mente ordenada como siempre. La cama hecha, el pijama  
bajo la almohada y la ropa doblada en la silla Le Corbu-  
sier. Era señal de que la mujer de la limpieza había estado  
allí. El apartamento estaba en otro estado muy diferente  
cuando aquella mañana salió acompañado por Irina: no  
habían dejado ni el edredón encima del colchón.

Había quedado solo un pequeño elemento de desor-  
den en la cómoda: un par de bragas negras de encaje que  
la asistenta había encontrado debajo de la cama. Segura-  
mente las dejó a la vista al no saber dónde meterlas, pero  
Giovanni interpretó aquello como un reproche. Cogió las



bragas y las echó a la cesta de la ropa sucia. Por el contrario, sobre la cómoda tiró el fajo de billetes que tiene siempre enrollado en el bolsillo. Se quitó los pantalones y se dejó caer en la cama.

El sueño no se haría de rogar. Tardaría justo el tiempo de saborear su vida junto a la comodidad de sus almohadas. Todo era perfecto: trabajaba mucho, pero a cambio también recibía mucho. El apartamento, el coche con conductor, las camisas a medida y los trajes comprados en Savile Row. Y sobre todo, el privilegio de pertenecer a la cúspide: mover millones de libras esterlinas con un sí o con un no. Esta era la vida de límites que había imaginado cuando hacía los exámenes en la Bocconi. Por eso había dejado Milán sin lamentarlo en ningún momento.

«Eso es», cayó en la cuenta cuando debía estar pensando en Milán.

De repente, sintió que lo atravesaba una revelación, como una ventana que se abre de par en par por el viento. El desconcierto del sueño se esfumó al instante. Se deshizo de la colcha y de un salto se sentó en la cama, sin perder un segundo en coger el teléfono.

Marchasi no era el apellido de la mujer que lo buscaba, ni tampoco Marchiasi, como lo había pronunciado la chica de la recepción.

Era Marchesi. Solo había hecho falta un error de transcripción para llevarlo en la dirección equivocada.

Mil kilómetros en la dirección equivocada, cuando sin embargo la respuesta estaba tan cerca, pero tan cerca que Giovanni se sintió, entonces como ahora, confundido por la sorpresa.

Era Cristina. Marchesi y no Marchiasi.

Un pequeño detalle en la pronunciación que se hace enorme si tiene que distinguir a Cristina de cualquier otra mujer.